

# ¿Estaba alguien preparado para algo así?



**Carlos Fernández Herrerueta.**  
 Presidente de AEGRIIS  
 (Asociación Española de Gestión  
 de Riesgos Sanitarios y Seguridad  
 del Paciente).



Es médico de seguros y perito médico. Además de ejercer durante la alarma sanitaria como médico de familia, ha dirigido el departamento sanitario de Aon Risk Solutions durante los 25 años que este corredor intermedió la gestión de riesgos y seguros de casi todos los servicios públicos y privados de España y fue Health Risk Manager y director médico de la aseguradora francesa Sham durante los años de su implantación en nuestro país..

Yo no, desde luego.

Recuerdo perfectamente la mañana del último 13 de marzo. Ese viernes tenía un tren a Murcia, querida ciudad donde me esperaba la felicidad compartida que sólo algunos elegidos tienen la suerte de encontrar. Jamás hubiera imaginado lo que íbamos a vivir. Esa mañana todavía nadie había dicho que las cosas iban tan mal como en realidad estaban, ni había motivo acreditado aparente para romper con cinco días de muy merecida relajación pre veraniega de las tanto gustamos ella y yo; esas playas vacías que todavía no ha frecuentado nadie y que se muestran maravillosas y casi vírgenes antes de acabar repletas, ocupadas y completamente usadas en poco menos de tres meses.

Quizá ella tampoco comprendió en ese momento la decisión que tomé. Más lo hice porque no me parecía justo contaminar una Muria, hasta ese día al menos, sin mancha con la presencia de un madrileño probablemente infectado; que porque fuera consciente de la que se nos venía encima. En modo alguno lo era.

Entonces me hubiera parecido imposible, como casi imposible me parece, menos de cuatro meses después, estar escribiendo estas líneas desde mi consulta de atención primaria, después de haber terminado otro agotadorcísimo día de asistencia médica a una población perdida, desestructurada, desorientada, en **FERMA**, asustada y confundida; en un sistema sanitario en vías de reorganizarse y encontrarse a sí mismo, después de

un terrible desierto de confusión del que reponerse va a resultar tan difícil y largo como la propia travesía. Que esto no nos pille por sorpresa.

Ahora que ya paso del medio centenar, estoy siendo médico de cabecera en un pueblo de Madrid al que el amor por la montaña y por crear una familia me llevó a vivir cuando sólo contaba 25 años. Soñaba entonces con ser médico rural a la antigua usanza (ya saben, médico, cura, guardia civil y boticario echando el muscito cada tarde y por esposa la maestra del pueblo) pero he bien gastado todo el período profesional que media entre ambas edades en la medicina del seguro, la pericia médica y la gestión de riesgos sanitarios. Así que mi última urgencia asistencial antes de esta pandemia había



tenido lugar nada menos que 16 años antes, momento en el que decidí dedicarme de lleno a esa “otra” medicina que también grandes satisfacciones aporta y que requería todo mi tiempo para conseguir desarrollarla adecuadamente.

Fue la **necesidad de de ayuda** y de, aunque no fuese el más perfecto, conocimiento profesional que descubrí a mi alrededor, los que me llevaron a ofrecerme oficialmente al ministerio, la Consejería de Sanidad y a mi ayuntamiento como médico voluntario para lo que precisaran en la emergencia que estábamos pasando, dispuesto a hacer lo que me pidieran. Desde ese 13 de marzo hasta hoy no sólo he vivido la vuelta a la medicina asistencial, al trato con el paciente, al maltrato de algunos de ellos hacia nuestra profesión, al miedo terrible a equivocarme, conector ahora de excepción de los errores que se cometen y sus consecuencias; sino que he tenido que volver a madurar y a trasnochar para empollar, más que estudiar, como un loco, todos y cada uno de los documentos que llegaban a mis manos relacionados con un virus que aún hoy desconocemos ampliamente, con el problema adicional de tener que recordar y volver a conocer todo aquello que llevaba años sin poner en práctica.

Me han llamado loco, me han llamado héroe, me han admirado y me han odiado. Me han aplaudido, me han regañado, me han amenazado y me han premiado. Los demás han podido ver mi peor cara, la de la incertidumbre y el error, mi mejor gesto, el del **deseo incondicional de ayudar**, el del cariño, de nuevo la compasión... han visto todas mis caras. Y yo todas mis carencias, enfrente cada día todos mis miedos como si fuera un recién licenciado; pero también mis grandes fortalezas, muchos de mis pacientes me miman y quieren como a un buen amigo. El menor de mis temores ha sido el de contagiarme; los más importantes, el primero el de hacer daño a un paciente (cuánta razón admirado Hipócrates) y segundo el de no hacérselo a mis propios compañeros. Sí, a mis compañeros que, llenos de conocimiento, sabiduría y costumbre se han visto a veces agredidos por mi “otra” medicina y por mis “muchos” desconocimientos frente a los que sólo he podido reaccionar con sinceridad, con humildad, con ganas de aprender y con ganas de ayudar. **No tengo más que agradecimiento para todos ellos** me hayan tratado con mucho o ningún cariño, de todos sin excepción alguna, he aprendido mucho, muchísimo.

Como el yanqui de Mark Twain en la corte,

esta vez, del coronavirus, que no de rey alguno, igual de perplejo y sorprendido que los personajes de don Joaquín están sin tí, tan fuera de sitio como todos ellos. Así, el camino no sólo me ha llevado como a todos ustedes a las fauces de un virus del que cada día sé menos y me sorprende más, sino a los brazos de **una profesión que siempre me ha tenido enamorado** y que quise practicar de “otra” manera para los mismos fines. He visto como los planes y las realidades nada tienen que ver, como los medios y las necesidades se desencuentran, como el respeto y la amistad surgen del simple roce si no se ponen impedimentos, y como se vence la enfermedad cuando todos somos uno. La unión hace la fuerza, no cabe duda. Ahora estamos viendo, con miedo por mis mayores, como el desinterés puede hacernos regresar a una situación terrible por la que han llorado en mi consulta hombres hechos y derechos, mujeres de éxito, esposos desconsolados, hijos sin esperanza... No perdamos lo que por sorpresa hemos aprendido. Nadie nos podía decir lo que iba a pasar. Que nadie nos tenga que recriminar que no nos hemos enterado y que somos culpables (porque si se repite no seremos responsables, sino verdaderos culpables) de lo que vaya a pasar. **Podemos evitarlo. Ahora SÍ estamos preparados para ello. ■**